



EDITORIAL

LA LITURGIA DE LAS HORAS, ORACION INSTITUCIONALIZADA Y CARISMÁTICA

Hay dos hechos que invitan a presentar este número de Oración de las Horas con una Editorial sobre la naturaleza de la oración eclesial: la celebración de Pentecostés, por una parte, que pondrá una vez más la Iglesia en trance de revivir su carácter de comunidad espiritual y carismática, y por otra los artículos del P. Bernal y del P. Puigdollers, que aparecen en este número y que, cada uno a su manera, aluden a la creatividad en la Liturgia de las Horas.

Si se me permite una alusión personal recordaría como hace ya varios años, al acercarse la solemnidad de Pentecostés, un anciano y piadoso sacerdote, temiendo quizá que el "panliturgismo" (reducirlo todo a la liturgia), que creía ver en mí pudiera dañar mi "vida espiritual", me preguntó, casi con aires de preocupación: "Tienes devoción al Espíritu Santo?". Confieso sinceramente que casi no supe qué contestarle. No ciertamente porque dudara de la importancia del Espíritu Santo en la vida cristiana sino porque me imaginé que me preguntaba por una "devoción" aislada, por una "práctica de piedad", más importante, si se quiere, que muchas otras devociones —dogmáticamente el Espíritu Santo es Dios! —, pero, en el fondo, una devoción más.

Desde entonces, afortunadamente, el tiempo ha ido cambiando muchas cosas y la moderna reflexión bíblico-litúrgica ha clarificado no poco esta cuestión. Hoy, pensamos, serían pocos los que reducirían el papel del Espíritu Santo al de ser simple objeto de una "devoción", por importante que ésta sea. Hay, en efecto, en la vida de la Iglesia de hoy todo un conjunto de síntomas que permiten pensar que se ha adelantado mucho en este camino. Limitándonos al campo de la fenomenología litúrgica, y a manera de simples ejemplos, citaríamos tres hechos que manifiestan a las claras el cambio de enfoque: **a)** la supresión de la octava de Pentecostés; **b)** la substitución del prefacio del Espíritu Santo por el primitivo texto del prefacio de Pentecostés y **c)** la restauración de la antigua práctica de dejar el Círio Pascual hasta terminadas las Vísperas de Pentecostés. Los tres hechos, cada cual a su manera, subrayan fuertemente la unidad y dinamismo interno que media entre Pascua y Pentecostés, entre la victoria del Resucitado y la efusión del Espíritu.

Pero si la dicotomía Cristo-Espíritu Santo, Pascua-Pentecostés ha sido superada en ciertos aspectos, pensamos que en otros, en cambio, persevera. Y uno de ellos es la disociación que algunos parecen establecer entre oración carismática y oración litúrgica.

Es de todo punto necesario no disociar lo que podría llamarse "oración institucionalizada de la Iglesia de Cristo (Liturgia oficial) de la oración carismática suscitada por el *Espíritu* que "sopla donde quiere" (Jn 3,8) como si se tratara de dos realidades diversas. Porque "la liturgia no es acción privada sino celebración que pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia" (Sac. Conc. n. 26) y no solamente a un grupo de fieles, por ello la celebración no llega a ser eclesial o litúrgica si no es aceptada como tal por aquellos que han recibido la misión de "guardar como pastores el rebaño que Dios adquirió con la sangre de su Hijo" (Hch 20, 28). Se trata aquí no de una simple norma jurídica sino de un principio teológico sobre la naturaleza misma de la Iglesia, "pueblo santo reunido y *estructurado* por el ministerio de los obispos" (S. Cipriano De cath., eccl. unitate, 7; Cf. CSEL, III pp. 215-216).

Es en el interior, por tanto, de las estructuras eclesiales donde ha de soplar el Espíritu; el Espíritu, en efecto, completa la obra de Cristo, no hace una nueva obra y distinta. En esta línea el artículo del P. Bernal pone unos límites muy claros a la creatividad eclesial: el pastoreo de los obispos y del Papa. Y el P. Puigdollers, por su parte, recuerda como la Liturgia de las Horas no es un "producto de la libertad" sino la experiencia de muchas reuniones de oración que nos han transmitido esta "tradición", tradición que luego ha pasado a ser tradición de la Iglesia.

"Creatividad", por tanto, no significa introducción, supresión o cambio de formularios según el gusto y criterio del que preside o de los que participan; "creatividad", en nuestro campo, significa más bien usar y proclamar los formularios litúrgicos "con vida", (a la manera como un cantor de ópera o un actor "re-crea" unos textos previamente compuestos); "creatividad" significa también enriquecer los formularios con moniciones y silencios, acompañarlos con cantos apropiados, procurar, en fin, que la vida que contienen los textos litúrgicos pase a ser vida de quines los celebran. Y no se puede negar que nuestras celebraciones litúrgicas están muy necesitadas de esta "creatividad."

P.F.